

F-8
475
13

UNIVERSIDAD DE BARCELONA
DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1960-1961



MAESTROS Y DISCÍPULOS

DIVAGACIONES ACERCA DE LA UNIVERSIDAD

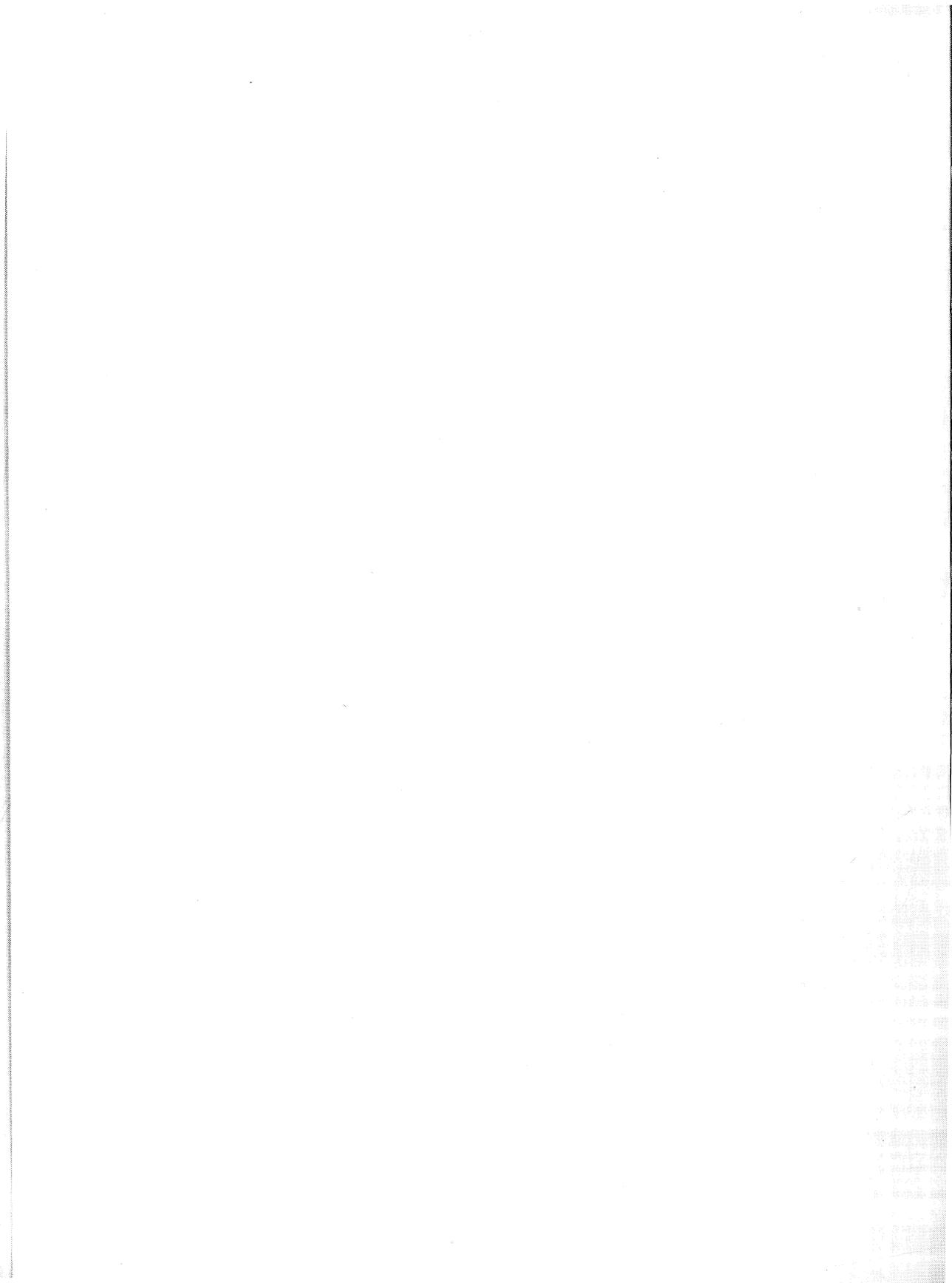
DISCURSO LEÍDO POR EL

DR. D. AGUSTÍN PEDRO PONS

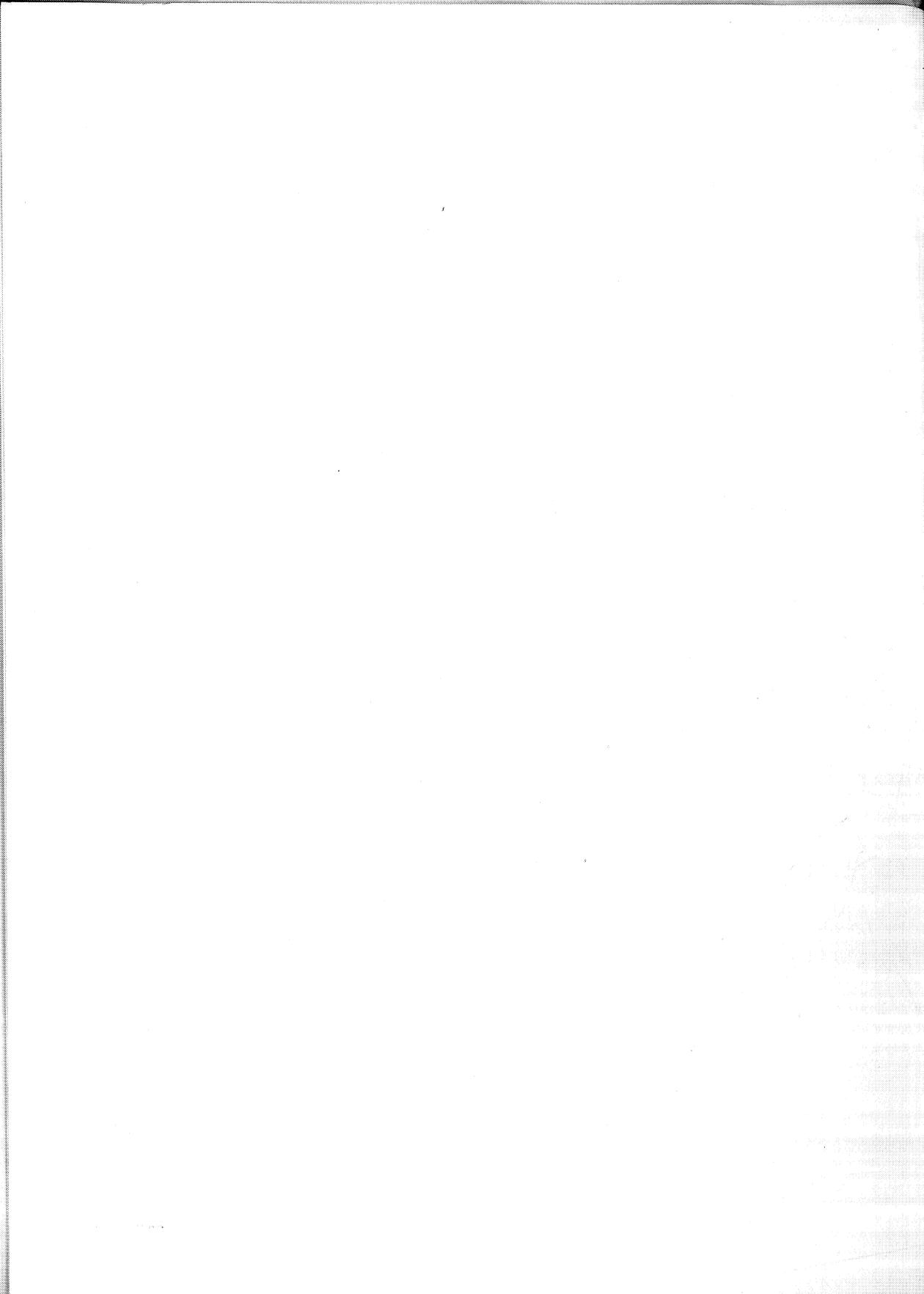
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

BARCELONA

1960



MAESTROS Y DISCÍPULOS



UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1960-1961



MAESTROS Y DISCÍPULOS

DIVAGACIONES ACERCA DE LA UNIVERSIDAD

DISCURSO LEÍDO POR EL

DR. D. AGUSTÍN PEDRO PONS

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

BARCELONA

1960



Depósito legal B. 12306. - 1960

*Magnífico y Excmo. Sr., Excmos. e Ilmos. Sres.,
estudiantes universitarios. Señores:*

I. LA ENTRADA EN LA UNIVERSIDAD

En el día de hoy, solemne para muchos de los que me escucháis y que será historia en vuestro mañana, es frecuente que el alumno se sienta intrigado por lo que va a contemplar. Una cierta sensación de desamparo, la falta de la mano que guía, de la voz amiga que acompaña, es el natural sentimiento de todos los que hoy pisan por vez primera la Universidad.

Siente el estudiante la falta de los mentores del colegio, la tutoría que ejercían en él hasta hace pocos días. Es el primer vuelo que empieza para muchos de vosotros; la alegría del batir de alas se advierte confundida con el temor de esta primera aventura, hacia un nuevo horizonte, empresa sin trabas tutelares ni paternales, pero también sin su directo apoyo. Hoy comenzáis a ser un poco más libres, con una libertad que, como todas, hay que saber usar, eludiendo sus peligros.

¡Cuántas veces el protocolo nos parece innecesario! Pero hay pocas ceremonias como esta de la aper-

tura de la Universidad, en que el ceremonial no sea fasto, presuntuoso y estéril.

Los hombres que crea la Universidad son los que jalonan la historia de un país. Podrán existir prestigios políticos y sociales, pero casi nunca son luz perenne, sino relumbrón fugaz. Sólo la Universidad dará los hombres verdaderamente representativos de una época y de un país. Por debajo de todos los poderes de la tierra hallaréis siempre la presencia de la Universidad, con su obra milenaria y su continuidad inextinguible.

Por esto el día de hoy es solemne porque representa la consagración de una nueva promoción de jóvenes que ascienden por este camino sin fin de la cultura y del saber.

En todos los países hay en la hora presente un movimiento de avidez cultural, a los jóvenes les atrae cada vez más la Universidad y un título académico es la posesión más deseada en la juventud actual.

El signo de las épocas venideras será el libro y el laboratorio, el estudio y la preparación técnica y sólo el que haya sabido aprovechar los años juveniles podrá tener un lugar en la nueva organización de la sociedad y aspirar a su aristocracia.

II. LA EDAD UNIVERSITARIA

Las edades de la vida del hombre transcurren cada una de ellas bajo un signo diferente. A la etapa pre-escolar de predominio vegetativo seguirá años después la de la pubertad somática, continuada a poca distancia por la edad universitaria, que es una segunda etapa puberal de manifestaciones intelectivas y psicológicas preferentes; esta última es la más trascendente entre todas. Hay que cuidar de ella, porque de la manera de abordarla dependerá el porvenir hasta sus últimas consecuencias.

Los años de la vida universitaria son los de contenido más grave y los que imprimen carácter más hondo en la formación de la personalidad. Es la edad de la subordinación y la de la crítica; de la crítica contenida en los límites que impone la primera. Es mejor la disciplina fecunda que la rebeldía justa; en esta edad es preferible la disciplina a la protesta, aunque ésta fuere procedente y generosa.

Se ha insistido mucho en la rebeldía de la edad estudiantil, en sentido de elogio y de exaltación. No creo oportuno estimular esta facultad de protesta. Todo lo contrario, estimo que esta edad ha de ser la de austeridad y de la obediencia. Entiéndase que ello

no significa la sumisión ciega, carente de facultad crítica. Sino que opino que no debe perturbarse la gestación de la personalidad en un trance crítico como ningún otro de esta etapa formativa. Las épocas de aprender requieren acatamiento y subordinación. La edad del mando dirigente llegará más tarde y esta facultad tan poderosa jamás se podrá ejercitar con eficacia, si antes no hemos sabido obedecer.

Yo ya sé que puede parecer antibiológico que pida templanza en una época de la vida en que todas las pasiones se hacen conscientes y tienden a desbordarse. Pero esta lucha para encauzar los instintos — ya que éstos no pueden ni deben ser anulados — debe comenzar en esta etapa, lucha que no cesará hasta casi entrar en las horas serenas de la edad proveyta.

Pero en los años universitarios todo debe rendirse y someterse, para no perturbar su fin esencial, que es el de instruirse. No hay ninguna posesión en nuestra existencia que tenga la grandeza de este acto. Aprender es seleccionar e incorporar los conocimientos acrisolados a la luz de nuestro entendimiento, lo que como en todo proceso de asimilación nos permitirá tomar los elementos necesarios para formar nuestro propio criterio. Estudiar es nutrirse, es crecer, engrandecerse. Ninguna actitud supera la del hombre ante el libro, en la disposición recogida y mística de aprender, de estudiar. Es la época más bella de nuestra existencia. Todo lo que venga después dependerá de la formación alcanzada en la época universitaria.

Entrad en la Universidad como en un santuario; no intentéis desprestigiar ni empequeñecer sus valores. Después de la actitud del hombre que ora, no conozco otra más sublime que la del que inclina su ca-

beza en señal de humildad ante un libro. Si incluso la actitud meditabunda y de sumisión pensante, identifica al hombre que reza y al que estudia, la misma calma, el mismo sereno recogimiento, igual silencio les envuelve.

III. VOCACIÓN INSTINTIVA Y VOCACIÓN CONSCIENTE

Habéis elegido el estudio de una determinada carrera por un impulso instintivo, apenas racional. Afortunadamente el instinto resulta a menudo más eficaz que la inteligencia; es una facultad primaria que engaña menos de lo que parece. Es difícil para vosotros mismos explicar racionalmente el motivo por el que habéis elegido. Algunos lo han hecho por consejo paterno, otros por la vanidad de gloria, que encienden en la juventud los relumbrantes prestigios de algunas profesiones, y muchos porque el instinto les aparta de aquellas materias en que fracasaron en sus estudios de segunda enseñanza. Todo ello tiene bien poco que ver con la vocación. ¿Cómo es posible sentir vocación auténtica por una profesión que es aún desconocida, y que sólo conmueve el ánimo del estudiante por lo que tiene de más externo y teatral y por tanto de menos auténtico? La vocación se convierte en consciente cuando se han superado las pruebas de los primeros años. En la coyunda matrimonial nunca se sabe si se acertó hasta después de transcurridos los primeros años; lo mismo le pasa al estudiante. De su acierto en la elección no está bien seguro hasta mediar o casi fina-

lizar la carrera. Entonces es cuando se descubre la verdadera vocación, la vocación consciente.

La vocación es una fuerza sentimental que escapa no pocas veces al razonamiento. Es semejante a la impulsión amorosa, cuya génesis oculta y secreta raramente sabemos explicar. Este primer movimiento afectivo puede conducir a resultados engañosos y con el tiempo — casi siempre demasiado tarde — nos damos cuenta de ello.

Pero la elección de la carrera no debe amedrentar ni suscitar angustia, porque la vocación es menos específica en su objetivo de lo que suponemos. En la mayor parte de hombres no hay una, sino muchas vocaciones latentes a la vez.

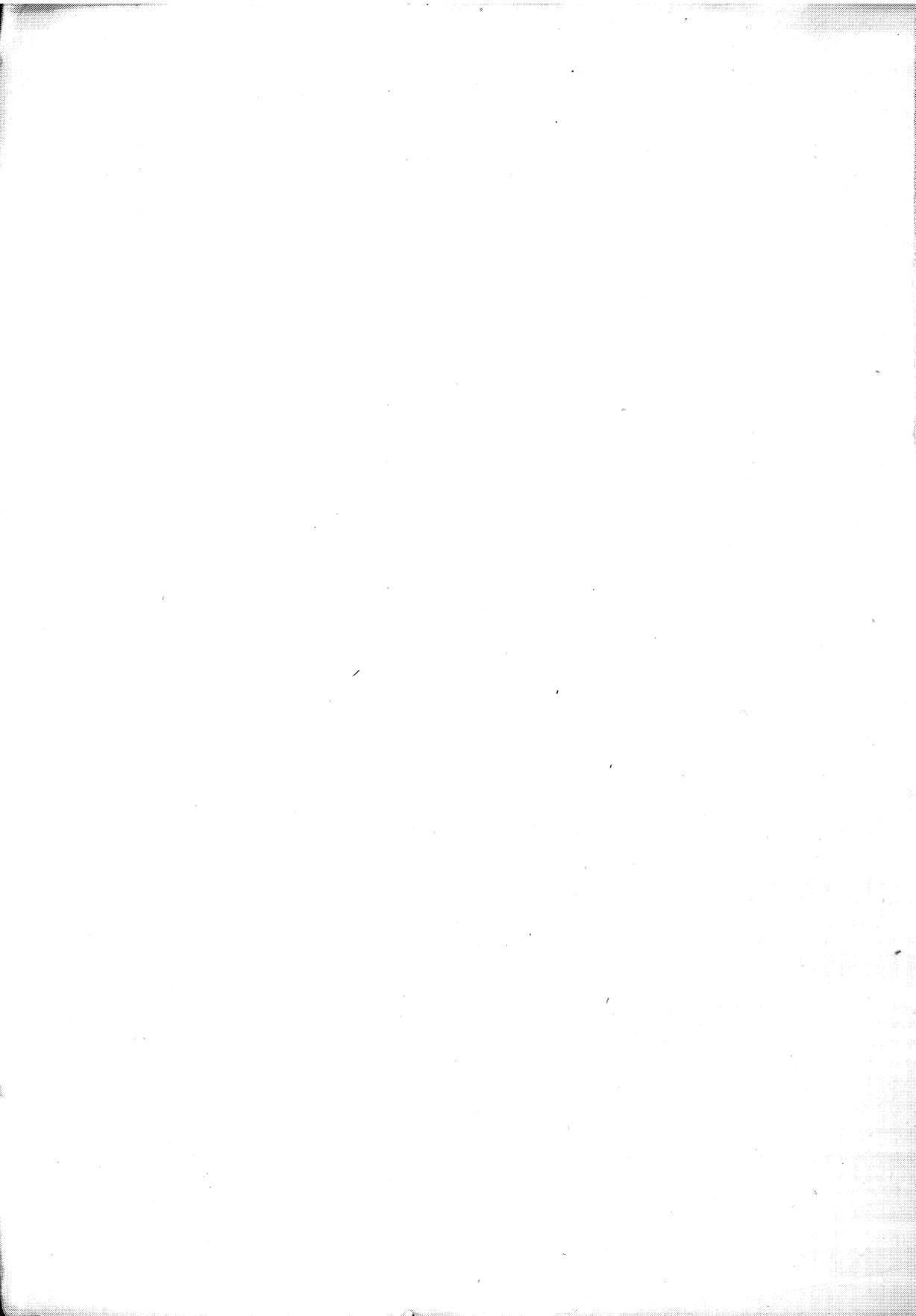
La verdadera vocación consiste en que al hombre le guste estudiar, tenga capacidad y entusiasmo de aprender, y seguro de estar en posesión de esta facultad fundamental, muchos son los caminos a seguir con la seguridad de que la carrera elegida despertará ulteriormente la vocación consciente, que es, a fin de cuentas, la verdadera.

¡Cuántas veces sentiréis la secreta ambición de haber seguido por otros derroteros, de haber estudiado otra profesión! No lo dudéis, de haber seguido por estos otros caminos también hubierais hallado la misma vocación que sentís por la tarea que habéis elegido.

Hablando con profesores de otras Facultades, de nuestra misma Universidad, he sorprendido en muchos de ellos una tendencia de positiva simpatía hacia la Medicina, quizá sin saber ellos que yo sentía la misma recatada admiración y entusiasmo por profesiones que ellos ejercían.

La vocación es una fuerza que mueve a la Inteli-
gencia y ésta es una facultad que irradia como una
luz y que con mayor o menor brillo iluminará en
distintas actividades.

En conclusión, la vocación es un sentimiento más
o menos racionalizado, no del todo específico, en el
que caben tendencias dispares y múltiples y distintos
entusiasmos. Por esto raramente equivocaráis vuestro
destino en el momento inicial, aún vacilante, de la
elección del camino a seguir.



IV. ELOGIO DE LA PROFESIÓN

Vais a seguir carrera para alcanzar una Profesión y con ello lograr lo más alto que la vida pone a vuestro alcance. El hombre es un ser profesional. Es una ánfora vacía que hay que llenar. Sin la profesión o el oficio, el hombre es un ser meramente vegetativo; sin ellos, el hombre es sólo cascarón sin contenido.

La Profesión es el núcleo de la personalidad humana; es ella la que otorga el rasgo más saliente del individuo.

Todo cuanto podamos apetecer nos lo puede dar la carrera; y ello será en la exacta medida del esfuerzo realizado. No se fracasa en una empresa a la que uno se ha consagrado con renunciaciones y sacrificios de tiempo y de nuestros años jóvenes.

La actitud que no debe adoptar nunca ni el estudiante ni el titular es la de recelo, de desconfianza y escarnecer nuestra tarea con desprecio y minimizándola.

El facultativo lo debe todo a su profesión, ejercerla es su razón de vivir; podrá experimentar toda clase de pérdidas y quebrantos, pero su menester quedará siempre en pie. Éste es el motivo de nuestra vida y todo cuanto de bueno realicemos en el curso de nues-

tra existencia, no lo dudéis, lo haremos como profesionales que somos, en el sentido que imprime nuestro cometido.

Es obligado un examen de conciencia antes de protestar contra nuestra carrera, una vez alcanzada y profesada durante unos años. Antes hemos de preguntarnos si a ella hemos dedicado todos nuestros afanes y si por ella hemos consumido nuestras mejores horas. No se puede estudiar con cansancio, desinterés y apatía; así nunca sale nada bueno. No hay que seguir una profesión sólo para alcanzar un destino mediocre; así no se lograrán más que resultados pobres o medianos. Una profesión es un camino recto, pero no fácil. Las gentes de sangre fría, incapaces de sentir pasión y entusiasmo no deberían seguir una carrera, para luego exigir de ella que nos devuelva lo que jamás le dimos.

Ahora y siempre el profesional que ha logrado una formación recia y consciente, tendrá la gloria y el provecho ambicionado. Y esto, en la hora presente, os lo dice un médico cuya profesión ha sufrido cambios que suponen un trastorno profundo en la economía de cada uno de nosotros y que voy seguidamente a tratar.

* * *

La Profesión médica, hoy. Con idéntica sorpresa con que asistimos al cambio experimentado por las enfermedades, en su evolución y colorido clínico, estamos asistiendo al cambio profundo que ha experimentado el ejercicio de nuestra Profesión. En esta disertación de carácter general y que no va dedicada exclu-

sivamente a los médicos o estudiantes de medicina, sino a todos los facultativos, hago hincapié en que la transformación ocurrida en nuestra profesión indica que otras también son susceptibles de presentar profundos cambios, según el matiz de la época en que se ejerzan y a consecuencia de los cambios e innovaciones logradas. El caso del ejercicio de la Medicina es un ejemplo que no pueden desoír las otras Facultades.

Una profesión, cualquiera que sea, no puede considerarse en función de ella misma, sino atendiendo al medio, a la circunstancia de tiempo y lugar en que ha de practicarse.

En el curso de las tres últimas décadas la profesión médica ha cambiado en su forma de realizarse y en las posibilidades que ofrece. La causa de este cambio tan profundo reside, no solamente en la nueva legislación social, sino especialmente en la transformación que han experimentado los conocimientos médicos.

En un prólogo que escribí a la obra de Henry Pequinot «Medicina y Mundo Moderno», decía, poco más o menos, que la transformación sufrida en los conocimientos médicos alcanzaba asimismo el ejercicio de la profesión.

La rapidez de los cambios experimentados en lo técnico y en lo doctrinal permite calificar, sin exageración, de revolución médica la profunda renovación a que estamos asistiendo. Y como en toda revolución, no se consiguen victorias sin víctimas, y éstas han sido, y en gran número, los propios médicos.

Los profesionales de hoy situados en el tercer decenio de su ejercicio facultativo, no salen del asom-

bro al contemplar el cambio profundo que ha sufrido el ejercicio práctico de la Medicina. Han visto diezmadas sus clientelas, en especial las económicamente modestas y han contemplado con doloroso estupor la soledad de sus consultorios y el descenso de las llamadas domiciliarias. En consecuencia la mesocracia profesional, esta burguesía médica, se ha empobrecido al disminuir el enfermo rentable y se halla en trance de desaparecer en gran parte, con la misma celeridad y triste destino que han experimentado los viejos rentistas.

Inútil nostalgia la que sienten estos médicos de épocas pretéritas, que están sufriendo un proceso de desintegración irreversible.

Esta transformación en el ejercicio de la medicina es el producto de dos factores: las leyes sociales de protección y seguro obligatorio del obrero y el complicado avance técnico y terapéutico logrado por la Medicina en los dos últimos decenios.

Con ser muy importante el primer factor, hay que admitir que no es consecuencia del capricho del legislador, sino casi obligado producto de la segunda circunstancia.

En efecto, la Medicina ha logrado tales progresos que el médico de cabecera, que hasta hace poco formaba la gran masa de profesionales, ha visto limitarse su misión al cuidado de las enfermedades estacionales breves y corrientes.

Los grandes procesos patológicos — hemopatías, enfermedades orgánicas del sistema nervioso, infecciones, afecciones digestivas, osteoarticulares, circulatorias, renales, etc. — necesitan para esclarecer su naturaleza la puesta en marcha de complejos métodos

diagnósticos y el concurso de otros colegas. En no pocos casos ni siquiera le queda al médico práctico cuidar la dirección del caso, pues necesita estar en posesión de tal suma de conocimientos y experiencia que sólo se adquieren con la práctica y asistencia diaria en los grandes centros hospitalarios.

El médico de hoy no puede ejercer aisladamente un arte que es cada vez más complejo y exige mayor suma de conocimientos. El maquinismo ha cambiado el arte de ejercer la medicina; el diálogo tradicional entre médico y enfermo, vigente aún en casos determinados, si no ha terminado su misión, ha experimentado una limitación de su horizonte y en sus posibilidades.

Las enfermedades importantes, por su gravedad o por la complejidad de síntomas que presentan o por su aspecto larvado, necesitan la colaboración de especialistas, estando reservado a cada uno de ellos una actividad determinada y distinta. Los diagnósticos exigen la cooperación de equipos médicos para obtener resultados positivos. Todo ello motiva que el enfermo abandone su domicilio y deba ser asistido por un equipo médico en un centro hospitalario.

Otro factor de importancia social extraordinaria lo constituye el elevado coste de los medicamentos. Precisamente los más eficaces, hormonas, enzimas, vitaminas y antibióticos, alcanzan altos precios por encima de las posibilidades económicas de no pocos enfermos.

Éstas son las dos grandes causas de la transformación de la Medicina de nuestros días; primeramente, el diagnóstico laborioso de muchas enfermedades, que no puede resolverse en la intimidad del consultorio

mediante el diálogo que se establece entre médico y cliente.

En segundo lugar, el coste elevado de las técnicas diagnósticas y de los nuevos fármacos, contribuyen también a explicar la transformación operada en el ejercicio de la Medicina.

V. CULTURA Y EDUCACIÓN

Nuestra misión docente consiste en transferir unos conocimientos destinados a crear una cultura específica y concreta. Pero esto no es suficiente para la formación de la personalidad del alumno. Es lícito preguntarse si la posesión de una cultura imprime otras características que las que se desprenden de las estrictamente ligadas a ella.

Existe una repercusión evidente sobre el carácter inducida por la formación intelectual y práctica de una determinada profesión. Pero quedan en gran parte al margen de ésta el carácter y la idiosincrasia temperamental. Acepto más bien el fenómeno inverso, es decir, que la condición de nuestro carácter influye en la manera de comprender y ejercer la profesión. De ello se deduce que cultura, educación y carácter no son fenómenos conjugados ni coherentes. Así se explica que tantas veces nos sorprenda la observación de hombres bien dotados para el ejercicio de su arte o de su profesión, pero carentes de educación cívica y social.

Seres bifrontes que si por un lado presentan una estimable faceta profesional, por el otro nos aparecen rupestres y poco cultivados, poseedores de un tempe-

ramento que les presenta como hombres de difícil trato.

Los profesores universitarios no deben quedar indiferentes a la formación ciudadana y social de sus alumnos. Hemos de procurar con los cortos medios que tenemos a nuestro alcance influir sobre factor tan importante como el de la educación de los alumnos.

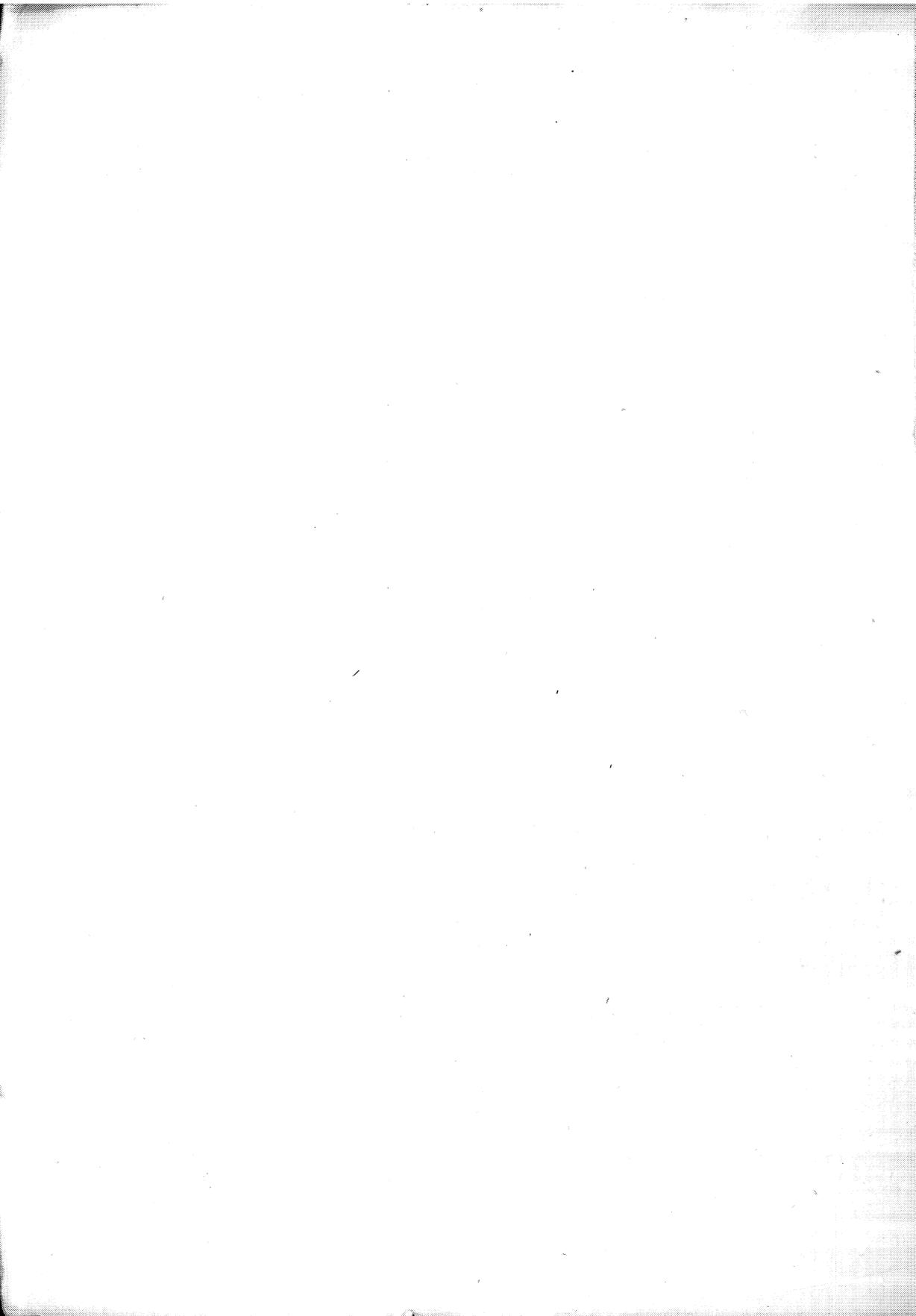
No basta la formación de buenos abogados, ingenieros, médicos, farmacéuticos; hay que procurar que al mismo tiempo sean buenos ciudadanos y que tengan de la educación y la convivencia el alto concepto que esta condición merece.

Nadie puede dejar suelto su temperamento, como galardón que nos acordamos a nosotros mismos por la obra científica realizada. Contrariamente, la obra emprendida y el prestigio logrado debe volvernos más discretos con los demás y dar lección y ejemplo constantes de objetividad y comedimiento en el comentario y trato ajenos.

Dudo hasta dónde alcanza la educación que la Universidad impone a sus concurrentes; a ella le está reservada una misión cultural, mientras que la educación obedece más bien al ambiente hogareño y social en que el estudiante vive y se desenvuelve. La cultura no llega a enderezar el temperamento, ni mucho menos los factores étnicos presentes en el individuo. Todos hemos conocido hombres muy cultos y de pésima educación. Es conveniente que en la edad universitaria los profesores nos ocupemos también en educar, cuando menos, aquellos discípulos en contacto preferente con nosotros. Esto lo considero aún más importante en los que ejercemos el magisterio en los pueblos latinos. La cultura no lo es todo; hay que orien-

tar a la juventud respecto a los problemas de conciencia y de formación ciudadana. Si los profesores supiésemos influir en el carácter y educación de nuestros alumnos podríamos avizorar el porvenir de las nuevas promociones con menos zozobra y mayor confianza.





VI. EL ALUMNO DE ESPALDAS A LA UNIVERSIDAD

En estos últimos años la proporción de la matrícula libre supera en número a la oficial. Si con el nombre de enseñanza libre aceptamos una cierta amplitud de límites con objeto de simultanear materias de diferentes cursos, puede hasta cierto punto transigirse con ella. Pero si se entiende con ello licencia para cursar estudios sin atravesar el umbral de la Universidad, entonces es inaceptable. Que algunas asignaturas puedan prepararse sumariamente, sin el curso directo del catedrático, se comprende. Pero las de índole técnica no es posible prepararlas con el solo auxilio de unos apuntes o el libro de texto. Pretenderlo sería tanto como querer ser médico o ingeniero por correspondencia. No es suficiente con exigir un examen práctico al alumno libre, casi siempre rápido y que no indica mucho acerca su real preparación.

En estos últimos años también los alumnos oficiales han vuelto la espalda a la Universidad y esto es aún más significativo.

El número de asistentes a las clases ha ido descendiendo proporcionalmente en estos últimos años; y

no se pretenda justificar esto con la falta de interés que despiertan las lecciones del Profesor, pues el concurso de los alumnos a clase es siempre escaso, ya tenga la lección un carácter totalmente práctico, ya sea de índole teórica y adaptada a los enunciados del programa, que serán luego la materia de las pruebas de examen al final de curso.

Los profesores son los mismos, el método de enseñanza y el estilo del conferenciante son iguales, y el resultado es que antes asistían más auditores y hoy muchos menos. La conclusión es que el estudiante vive de espaldas a la Universidad.

Y ello es grave, porque sea donde fuere donde el alumno busque su formación, en pocos lugares hallará personal tan idóneo como asistiendo a la lección teórica o a la clase de prácticas.

Jamás he pasado lista en Cátedra, pero debe comenzarse a pensar por qué medio decoroso y digno podremos atraer de nuevo el interés del alumnado para que vuelva a la Cátedra.

En todo caso, la enseñanza libre creo debería limitarse y aceptarla únicamente en aquellos casos en que el alumno trabaje en un ambiente serio y con garantía eficaz para lograr una adecuada formación.

VII.—MAESTROS Y DISCÍPULOS

Siempre fueron de mi agrado los libros franceses de segunda enseñanza; de esta etapa escolar, que es el meollo de muchas cosas y explica tantas deficiencias en la formación de nuestro alumnado.

Una de las cosas que más me atraen de aquellos libros de texto es la precisión en el uso de los vocablos. Una ciencia es un vocabulario, se ha dicho, y no quisiera pasar adelante sin una breve aclaración de términos — breve como toda definición — a los que me refiero repetidamente en esta disertación. Ello atañe al significado, un poco convencional, como ocurre con muchas palabras, de las expresiones. Maestro, Profesor, alumnos y discípulos. Entiendo que el Profesor es el que conoce una determinada materia y ha sido designado para explicarla; un monólogo que puede ser brillante, pero que supone una actividad concreta y de límites estrechos. Es Maestro el que sabe comunicar y encender entusiasmo y poder vocacional a los que le escuchan; al que sabe atraerlos, interesarles e integrarles en una obra de investigación y de escuela que para llevarla a cabo un hombre solo no está capacitado. Es el «pater familias», creador del

equipo de trabajo, que es la manifestación más elevada de la célula universitaria.

Alumno es el estudiante que asiste al aula y recibe su parte alicuota de la disertación del Profesor. Discípulo es el devoto del Maestro, el que ha sido captado por él, el que le sigue y se integra en el seno de la Escuela, en donde recibe en todo momento enseñanzas y la influencia personal y directa del Maestro.

La primera condición del Maestro se expresa en la fase de captación del alumno. Para lograrlo importa tener dotes de atracción y simpatía personal. Tanto o más que admiración, el Maestro debe despertar estimación entre los oyentes; y ésta ha de proyectarse asimismo sobre la asignatura que tiene a su cargo. Para ello la explicación debe ser precisa y clara. No llevar a la mente del alumno problemas oscuros y angustiosos. Ningún sacrificio más útil que soslayar puntos litigiosos si con ello logramos mayor facilidad y claridad expositivas. El alumno ha de entender siempre lo que se le explica; si no lo entiende es casi siempre por falta de método y de arte docente.

La verdadera misión del Profesor es hacer comprensible lo que explica, puesto que todo cuanto dice está en los libros; si falla en esta función de hacerse entender, fracasa en su misión.

Los Catedráticos hemos de convencernos de que en la breve duración de un curso no se pueden abordar todos los aspectos de una asignatura, sino sólo lo básico; no pretender hacer gala de erudición, de que hemos leído el último número de las revistas de la Especialidad. Uno o dos cursos de cualquier materia sólo sirven para colocar las piedras sillares y nos podemos dar por satisfechos si lo conseguimos. Precipi-

tarse en la explicación de lo fundamental para levantar prematuramente el edificio en que deben asentarse los conocimientos, es hacer que corra peligro la solidez del edificio.

Jamás lograremos la atención de los alumnos con explicaciones alambicadas, haciéndoles ver lo grandioso y complejo que es el laberinto de la ciencia. Así no lograremos sino crear una sensación de impotencia por parte del alumnado, que es lo peor que le puede ocurrir a un Profesor.

El estudiante que sale de clase habiendo trazado sus apuntes y entendido lo que le han explicado es un hombre optimista y entusiasta. El que no entiende una lección sale deprimido y con deseos de no volver a clase ni estudiar.

El valladar que separa al profesor del alumno — impuesto por la edad y el saber — no debe ser una muralla, sino un espacio vital que permita el diálogo y el contacto afectivo.

La fase de captación intelectual que suscita el Catedrático debe aprovecharse para que el alumno se acerque a él después de terminada la clase. En esta amistad entre alumnos y Profesor se captan y forjan no pocas vocaciones.

Hay que invitar a los alumnos a que concurran a los seminarios, a los laboratorios. Entonces es cuando el ejemplo humano del Maestro se deja sentir más hondamente; es aquí donde el estudiante se identifica con él, empieza a colaborar en su tarea y se convertirá pronto en Discípulo. Entramos en la fase específica de nuestro ministerio y en el logro de la más importante labor de la Cátedra.

A los colaboradores es muy importante que el

Maestro les imbuya del principio de humildad y camaradería que debe presidir toda asociación humana; hay que saber cortar a tiempo los conatos de orgullo y de suficiencia de los colaboradores antiguos y que no hagan sentir al novel su escasa formación y exigua formación bibliográfica.

Casi siempre entre los discípulos modestos hallaremos los colaboradores más eficaces y leales. Una de las condiciones básicas del Maestro es dejar cierta libertad de acción a los discípulos. Saberlos guiar, unirlos a nuestro pensamiento — sin lo cual no existirá verdadera escuela —, pero con laxa trabazón. Cada hombre tiene sus características y no se debe intentar deformarlo, so pretexto de la unidad de trabajo que ha de inspirar toda escuela.

El hombre capacitado lleva en sí mismo el mejor Maestro, consecuencia de su inteligencia y modalidad de carácter que le son propios.

Hay que dejar al discípulo cierta independencia en la elección de los temas y manera de enfocarlos. Claro que a veces la conveniencia de la Escuela exige que se le encarguen determinados trabajos e investigaciones. Pero insisto que debe respetarse la voluntad y preferencia de nuestros discípulos.

La cualidad esencial del Maestro es la generosidad. Sin ella los discípulos tendrán un Patrón, pero no un verdadero Maestro. La base de la generosidad es el desprendimiento a favor de los demás y comprensión de la idiosincrasia de cada uno de ellos. No es mejor Maestro el que más sabe, sino el que mejor enseña. Y ello es labor tan delicada, diría tan instintiva, que es difícil definir en qué consiste. Yo de mí sé decir que procuro no influir excesivamente en mis discí-

pulos, que discuto con ellos, y no quiero tener en todo caso la razón asegurada.

La primera lección de modestia debe darla el Maestro. En ciertos momentos hay que confesar nuestra ignorancia y no aparecer tan cortos de entendimiento que pretendamos saberlo todo.

Una Escuela es una reunión de fuerzas intelectivas y el que la dirige y representa ha de tener el espíritu abierto a las sugerencias de los demás. El Maestro ha de estar dispuesto al intercambio de opiniones, que consiste en dar a los demás nuestros conocimientos y recibir a la vez los que aportan los discípulos. Todo lo que no sea esta doble corriente de mutua influencia entre Profesor y discípulos, no es Escuela, no es discusión ni diálogo, sino sólo la voz del Dómine, oráculo que siempre se repite y acaba por fastidiar a los demás por su monotonía y reiteración. El entramado de la Escuela consiste en este intercambio de unos a otros, que constituye el encañizado cada vez más sólido en donde se apoya la Escuela como unidad o célula cultural.

El Maestro que a su vez no esté dispuesto a aprender algo nuevo cada día, un matiz nuevo, en su Escuela, es que es sordo de la peor sordera; la de disimular su ignorancia en muchas cuestiones, que si un día puede ocultarse, a la larga le es ampliamente descubierta. Es más noble y humana la actitud de dejarse hablar por aquellos que hace poco formaban parte del alumnado anónimo de nuestras aulas.

Yo puedo decir que si no aprendiera cada día de los que me rodean asistiendo a las tareas clínicas, acabaría aburriéndome o creería que estoy en medio de un rebaño de ignaros o indiferentes.

El espíritu del Maestro ha de tener siempre una puerta abierta para recibir cuantas enseñanzas nos ofrezcan nuestros colaboradores. El día que no seamos capaces de captar algo nuevo, será señal de estasis mental y que el Maestro que había en nosotros está en trance de desaparecer.

VIII. *QUOT SERVI, TOT HOSTES*

Tantos esclavos, tantos enemigos. No convirtáis en esclavos a los discípulos. Hay maestros que condenan al silencio, a la actitud sumisa, a los discípulos; ello es una forma de eunuquismo intelectual, que convierte la Escuela en serrallo.

El Maestro y el discípulo deben mantener diálogo abierto y constante. Dejad hablar a los discípulos; el que no puede hablar, murmura. El murmurador se convierte en un ser torvo y maldiciente.

Al discípulo hay que fomentarle el desarrollo de su personalidad; no intentar modelarla a imagen nuestra, porque entonces crearíamos imitadores. El discípulo inteligente no necesita más sino que le den medios de trabajo y oportunidad para manifestarse. El Maestro no debe ser necesariamente un sabio; muchos de estos últimos jamás han dado un solo discípulo. De Maestros de mediano saber han salido hombres extraordinarios. Lo que distingue al verdadero Maestro no es la sabiduría, sino la ausencia de recelos y la liberalidad con que procede.

Hay dos tipos de Maestro: los que lo son por la obra escrita, y aquellos cuya obra consiste en la formación de hombres preparados para sucederle.

A un profesor cabe preguntarle cuántas obras o trabajos deja escritos, pero es aún más trascendente interrogarle acerca de cuántos hombres ha formado. Esta última es nuestra misión más importante. Para esto precisamente hemos sido llamados a la Universidad.

Conozco hombres que valen mucho, que radican fuera de la Universidad y trabajan en voluntario y premeditado aislamiento. Esto es criticable, pero hasta cierto punto puede respetarse, pues no están específicamente destinados a otro fin que el de ejercer su Profesión.

Pero esto no puede tolerarse de un Profesor universitario; precisamente llamado con el fin de transmitir el saber a las jóvenes generaciones.

IX. LAS DOS EDADES EN PUGNA: VIEJOS Y JÓVENES

La función de enseñar no supone una transmisión pasiva. Ni siquiera una penetración pacífica. El que aprende las ideas y saberes que salen del pecho del Maestro las cultiva en su mente; ello constituye una operación de trasplante en que las ideas se modifican, al igual que ocurre al sembrar la simiente en un terreno distinto. Y el fruto que resulte será mejor o peor, pero casi nunca igual.

Muchas veces los Maestros se sienten defraudados por el resultado de sus enseñanzas. El producto de las mismas no es el apetecido, sino diferente, lo que en verdad no debería extrañar.

La mente del discípulo es un terreno acotado y distinto de la del Maestro, y el resultado de la siembra no puede ser nunca igual. Lo que más distingue a un discípulo es la originalidad; sin ella no habría invención ni progreso alguno. Los buenos discípulos recuerdan en algunos rasgos al Maestro, pero son sustantivamente distintos.

Hay Maestros empeñados en modelar en demasía la mentalidad del discípulo, y eso es contraproducente. Claro que el discípulo puede acabar siendo no

sólo distinto del Maestro, sino que hasta puede ser su antípoda. Ello resulta ingrato para el que enseña y entonces empiezan las críticas del Maestro al discípulo y de éste a aquél. Hay que estar preparados para tal contingencia y no creer que este proceso natural de independencia sea ingratitud o menosprecio, sino el resultado de amelgar un terreno distinto.

Estas consideraciones no representan sino un caso particular de las diferencias y luchas que se han promovido siempre entre dos generaciones distintas, entre jóvenes y viejos, para distinguir mejor ambos bandos. No es que los jóvenes sean mejores que los viejos, o viceversa, sino que son distintos, y ello ha sido siempre así.

El diálogo entre los hombres de una misma generación es a menudo tan coincidente que el uno parece ser eco de la voz del otro.

Mientras que es más difícil hallar la coincidencia cuando hablamos con los de una generación distinta de la nuestra.

Los discípulos son el resultado de nuestra enseñanza unida a la del clima y circunstancia en que ellos viven, en gran parte creado por nosotros, y que es diferente al de nuestra primera juventud.

El Maestro, y tanto más cuanto más fuerte sea su personalidad, posee una formación y juicios severos e inmovibles. Los discípulos están en la edad en que son posibles todas las asimilaciones para edificar su cultura y hallar su propia personalidad.

No se nutren los buenos exclusivamente del consejo y experiencia nuestros; son las propias vivencias las que conducen a formar un conocimiento. La transmisión verbal, el ejemplo histórico no son sufi-

cientes; y así a los viejos les apena ver cómo las generaciones que les suceden van a tropezar con la misma piedra. Pero ello es inevitable. Nadie aprende ni escarmienta en la experiencia ajena, sino en la propia.

Hay, pues, que dejar a los jóvenes con cierta soltura en sus movimientos, mantenerlos unidos, pero no atados, a la personalidad del Maestro. Y no sentirse ofendidos cuando el discípulo discrepa de nuestra manera de pensar y de sentir, y percibir la duda y la modestia, de no saber propiamente en cuál de los dos se halla la verdad o la razón, siempre tan escurridiza e inasible.

Se ha hablado mucho del arte de ser viejo y yo creo que uno de los postulados más importantes de este arte es no sentir desdén por la inexperiencia y el disentir de los jóvenes, ni creer que en ellos todo es snobismo, sino que a fin de cuentas se trata del espectáculo cada día renovado en su maravilloso resurgir de la vida nueva, que se abre paso con el fin de evitar que nuestro mundo sucumba de caducidad y rutina.

El discípulo tiene siempre una ventaja sobre el Maestro; ésta consiste en su edad. El Maestro se formó 20 ó 40 años antes; ésta es su desventaja. Estudió en una época en que no existían las corrientes de hoy, ni el saber situado en la cima actual. El discípulo siempre partirá en su formación de una época culturalmente más evolucionada. Su nivel de arranque será más elevado que el de su maestro. Cada época tiene esta ventaja sobre la anterior, como la tuvo la nuestra en relación con la de nuestros predecesores.

Por eso los Maestros, dentro de su grandeza, tienen muchas veces un cierto aire trasnochado.

Es imposible que nuestro cerebro conserve siempre su agilidad de adaptación a todos los avatares y adelantos que se van sucediendo. Para ello haría falta que el Maestro tuviera el más difícil de los dones, el de saber olvidar. Saber olvidar lo que aprendió y empezar una nueva vida, en que partiendo de una ignorancia imposible, le capacitara para volver a aprender con una mentalidad nueva. Y ello no es posible, porque cuanto más nos costó el aprendizaje, más celosos somos de él y lo defendemos en sus aciertos y hasta en sus errores.

La edad en que tuvo efecto nuestra formación universitaria nos marca, como la edad biológica, con el sello inmutable de la época.

Las ideas que más hemos defendido y que parecen dogmáticas las vemos ceder ante el impulso del tiempo y de las nuevas experiencias. Ello crea en el viejo un cierto recelo para los nuevos avances, pues si los que él vivió y contempló glorificarse hoy han periclitado es natural pensar que lo mismo pasará con los que ufanamente nos brinda la hora presente.

Recelo sí, pero también humildad, que todos, jóvenes y viejos, deberíamos sentir con sólo pasar nuestra mirada por los libros que figuran en los anaqueles de cualquier biblioteca. Si aquellas obras que fueron honra y prez de una época y que formaron los más prestigiosos nombres de la misma, hoy nos parecen obras retóricas y caducadas, hemos de pensar que el mismo destino tendrán las nuestras y las venideras.

Esta transitoriedad de las obras más importantes del ingenio del hombre nos obliga a no sentirnos altivos y a estar seguros de la fugacidad de las culturas

más brillantes — más brillantes que verídicas — que edificó el saber humano.

Y esta humildad deben sentirla especialmente los que se dedican a quehaceres científicos. La obra científica, maravillosa en su actualidad, como lo es la juventud apolínea del atleta, que pronto se troncha y marchita.

Nada envejece tanto como los conocimientos técnicos y científicos; sólo dos o tres décadas son bastantes para cambiar un libro famoso en ilegible y convertirlo en un arcano de errores. Con ser tan corta nuestra vida, nos da tiempo para contemplar lo poco que queda en pie de aquellos libros que estudiamos en nuestra juventud.

Los científicos sentimos con ello celos de las obras literarias. Éstas, cuando son buenas, se mantienen lozanas, y aun algunas que pasaron inadvertidas en su época, la posteridad las descubre y las honra. Sólo aquí en lo bello, y en el arte, puede tener perennidad la obra; la obra que creó el genio en un momento de arrebatado inspirado. Mientras que el pobre científico que escribió un libro con paciencia de artífice y obstinación de gusano, va a contemplar en su misma vida como la obra se le consume y perece antes que él.

La antología de las obras literarias es muy extensa. Los nombres de los literatos cuyas obras aún se celebran hoy es vastísimo. Mientras que de los científicos pocos dejan su nombre unido a la obra a través de los años, y en todo caso no es la obra escrita, sino la actitud que mantuvieron, lo que les dispensa en la posteridad la categoría de hombres egregios; fundaron una escuela, impulsaron el saber, pero su obra es siempre anacrónica, marchita y de ella no queda mu-

chas veces nada aprovechable. El camino de la evolución de la ciencia es como el lecho de un río de aguas cambiantes; sólo de vez en cuando un nombre, una efigie indica el que fue el descubridor de un progreso estable que le inmortaliza. Pero del alud de cultivadores de esta misma ciencia, no queda nada habitualmente.

X. CÁTEDRA Y ESCUELA PROFESIONAL

La Cátedra es la base en que se asienta la Escuela. Ésta se constituye por la suma, a través de los cursos académicos, de los elementos con vocación y entusiasmo que restan adictos y se integran en la Cátedra.

En España no es mucho lo que podemos ofrecer para fomentar la agregación de elementos idóneos, con el designio de formar Escuela; es muy poco, casi nada, lo que se puede prometer. En la Universidad de Barcelona, la Cátedra no deja lugar más que para un profesor adjunto. Ridícula e inadmisible es por todos conceptos esta reducción del profesorado a que se condenan las Cátedras. Con esta limitación es difícil hacer labor colectiva. Con un solo adjunto y a veces con laboratorios míseros, mal dotados, nuestra labor se limita a la hora de clase, ante un alumnado con el único designio de desbastarle.

Es sorprendente ver cómo a pesar de todo se forman entre nosotros las Escuelas, por una fervorosa y mística dedicación al estudio de unos pocos espíritus selectos. Pese al inmenso valor espiritual de los componentes de nuestras Escuelas, no es posible que a este personal no pagado se le pueda exigir constancia y dedicación.

Pero donde no hay sueldo no hay siquiera nombramiento. A estos hombres que siguen adictos a un Catedrático y a una escuela universitaria, no les podemos conceder más título que el de ayudantes de Clases Prácticas.

Siguiendo por este camino, no podremos formar un grupo de elementos idóneos, capaces de contribuir a la labor múltiple y compleja de nuestro cometido. Por esto, hoy día, la Cátedra en España no siempre constituye una Escuela con el alto significado que presupone este vocablo. No hay que dejar solo al Catedrático, y debería crearse el número necesario de auxiliares, no sólo para llevar a cabo una enseñanza más directa y eficaz, sino para lograr la formación de Escuela de estudios superiores que lleva aneja y latente la Cátedra.

La categoría de Escuela sólo se adquiere cuando las actividades docentes y de investigación han demostrado que existe un núcleo de colaboradores permanente y eficaz.

Si queremos elevar las Cátedras a la categoría de Escuelas hemos de contar con tres elementos esenciales: Edificio adecuado, material idóneo y hombres aptos.

El edificio. La Escuela necesita lugar y extensión necesaria para su cobijo. Pero no excesivo; y lo son algunas de esas grandes construcciones levantadas con nombre de Ciudades. Se ha edificado un pueblo, antes de contar con sus habitantes. ¡Cuánta tristeza produce la contemplación de estas enormes fábricas, construidas incluso con riqueza de medios materiales! Sus grandes fachadas, el enorme vestíbulo decorado con materiales nobles, seguido de anchos corredores,

tan grandes a veces como su estremecedora soledad.

Estos pasadizos están limitados por amplias aulas o dan entrada a los laboratorios. No me refiero a los de prácticas de la asignatura, sino a aquellos otros más numerosos y recoletos, que deberían ser los verdaderos núcleos de trabajo de la Cátedra. Allí donde se encierra el investigador y pasa sus horas en la provocación del experimento o en el análisis de un determinado fenómeno biológico.

¡Cuántas veces estos laboratorios dan una reveladora impresión de inutilidad! Allí no encontramos a nadie trabajando y, lo que es peor, nos enteramos de que allí ya no acude nadie, porque no se puede trabajar, porque los aparatos no funcionan desde hace mucho tiempo, y finalmente la cochambre y el polvo hallan cobijo en estos lugares.

Más de una vez he recibido esta desconsoladora impresión, recorriendo estos grandes pabellones, que alineados y grandiosos como tumbas faraónicas, despientan en el visitante que se adentra la tremenda convicción de su inutilidad. Se han invertido los términos del problema; en vez de tener la garantía de que existe asegurado el factor humano, se ha construido precipitadamente esta fantasía universitaria que no sirve ni para engañar visitantes, pues el menos preparado advierte inanidad y estéril esfuerzo allí empleado.

Hay que terminar de una vez con la creación de estas grandes edificaciones inermes, que luego se convierten en vergonzosos yermos universitarios. Cuando menos, antes existían sólo unas aulas modestas, que no servían más que para la hora de clase, pero que no mentían en su ejecutoria ni prometían más de lo que daban.

No hay que recaer en la continuación de estas obras que agotan todo el presupuesto, que no resuelven nada por ellas mismas y que luego comprometen por su ineficacia la reputación de la Universidad y a sus servidores.

El local dedicado a los trabajos de las Escuelas Universitarias no necesita, por lo general, grandes proporciones, y han de ser construcciones dignas, pero modestas y edificadas con el sentido de economía, que se desprende de la consideración de que el local es sólo un medio y en él no hemos de agotar el presupuesto, sino que hay que dedicar lo más importante de éste a la dotación de los servicios técnicos.

El *Material de trabajo*. En orden ascendente de valores está la dotación de medios y utillaje. Éstos han de consumir una gran parte del presupuesto. Pero la importancia de su destino no debe desorbitar el cálculo de gastos. Los aparatos son necesarios e imprescindibles, pero deben adquirirse sabiendo de antemano a quién van destinados. Sin conocer el montaje de una nueva técnica no hay que adquirir costosos utensilios, que luego no habrá quien sepa utilizarlos y sacar de ellos el rendimiento debido.

En cada momento hay que saber frenar impulsos y entusiasmos prematuros, que nos llevarían a pedir el oro y el moro en la dotación técnica de nuestros laboratorios, para luego quedar sin servidores o en la vana espera de que acuda a hacerse cargo de ellos el que supo encender el entusiasmo crédulo del Profesor.

Hay que pensar siempre que el utillaje de investigación biológica, además de caro, es de actualidad fugaz, que lo encarece doblemente; apenas el aparato, en el mejor de los casos, empieza a rendir, ha salido

un modelo nuevo que lo convierte en anticuado. El elevado presupuesto que significa la compra de aparatos se podrá limitar con la creación de centros especializados, para evitar la repetición de una técnica en distintos departamentos del mismo centro docente.

Ello aconseja la creación de laboratorios centralizados, puestos al servicio de toda la Universidad. Esta especialización, además de económica, es lógica; pero la experiencia nos ha enseñado que el espíritu de colaboración entre las distintas Cátedras no siempre halla buena voluntad y topa con nuestra ingénita predisposición al individualismo.

El factor humano. En toda obra creadora lo fundamental es el hombre. El Maestro es el que sabe atraer las voluntades e integrarlas en la labor común. En otro lugar nos hemos ocupado de las condiciones personales del Maestro para la formación del discípulo.

Lo cierto es que Maestro y discípulos forman una unidad funcional que les dispone para llevar a término la labor de enseñanza y de investigación.

El Maestro debe disponer el trabajo de cada uno de los que forman el equipo según las necesidades. Cuando una nueva labor técnica debe ser resuelta, es a veces imprescindible que la persona destinada a practicarla realice una estancia en el extranjero para ponerla en marcha.

Para ello deberíamos disponer de becas de breve duración para que la persona idónea del equipo fuera a aprenderla. Las becas de larga duración y las residencias fuera de España demasiado sostenidas no son las más redituables. Cuando la estancia en el extranjero se prolonga se crea entonces una identificación excesiva del becario con el medio, se adquieren nue-

vos hábitos de vida y de enfoque de los problemas, que pueden ser perjudiciales al incorporarse a nuestro ambiente, que se ha convertido en extraño y del que se desdeña la pobreza material.

Creo que lo mejor es la estancia breve, y limitada al estudio de un punto concreto que luego pueda ser practicado en nuestro medio de trabajo.

La elección de los becarios requiere tacto. Si se les manda al extranjero recién terminada la Licenciatura, el mandatario no tiene formación suficiente y en el aprendizaje perderá su tiempo. Es difícil asimismo desplazar a los que hace tiempo terminaron sus estudios, porque tienen familia o deben atender a situaciones sociales que crean exigencias. La mejor época para el becario es a los dos o tres años de haber terminado la carrera; es cuando existe una preparación suficiente que les hace más aptos para asimilar conocimientos y nuevas formas de trabajo.

XI. LA UNIVERSIDAD DESAMPARADA

La Universidad va quedando en gran parte reducida a la formación de licenciados, función excesivamente primaria y elemental. La Universidad alumbrá pocos descubrimientos científicos y se limita a ser, más que productora, divulgadora de conocimientos elaborados al margen de ella.

Si dirigimos nuestra atención a los centros de investigación química, industrial y farmacéutica y valoramos comparativamente su trabajo, el utillaje, los hombres que sirven a estas instituciones y los resultados logrados en la esfera de la investigación, nos convenceremos de que muchas veces superan en elementos de trabajo y resultados obtenidos a los de la Universidad.

En más de una ocasión, visitando laboratorios de química farmacéutica de firmas comerciales extranjeras, he visto al frente de ellos a hombres egregios, a premios Nobel de Química.

Hace unos años John F. Fulton, Catedrático de Fisiología en la Universidad de Yale, se dolía de que los departamentos científicos de las Universidades del Reino Unido no estaban adecuadamente preparados,

y que la Royal Society y la Royal Institution, científicamente, rendían mucho más que todas las dependencias de Cambridge y Oxford reunidas.

Cito estos ejemplos de fuera de nuestro país para demostrar a los oyentes susceptibles que el mal no es solamente nacional, sino que también acomete a otras naciones europeas.

A medida que los adelantos técnicos y científicos son más acusados, la Universidad va convirtiéndose en una entidad extraordinariamente consumidora de dinero. Y son muy pocas las naciones suficientemente ricas, para dedicar a través de un solo Departamento estatal, el de Educación, un presupuesto suficiente para atender a la enseñanza y a la investigación en todos sus aspectos; en especial a esta última, que es un abismo sin fondo consumidor implacable de dinero, al que nunca se puede plenamente satisfacer, con lo que aceptamos la limitación impuesta por la parvedad de nuestros medios económicos. Esta consideración no es óbice para que no se dedique a las funciones de la Universidad mayor atención en el presupuesto, dedicado a mejorar el rendimiento de nuestros seminarios, clínicas y laboratorios.

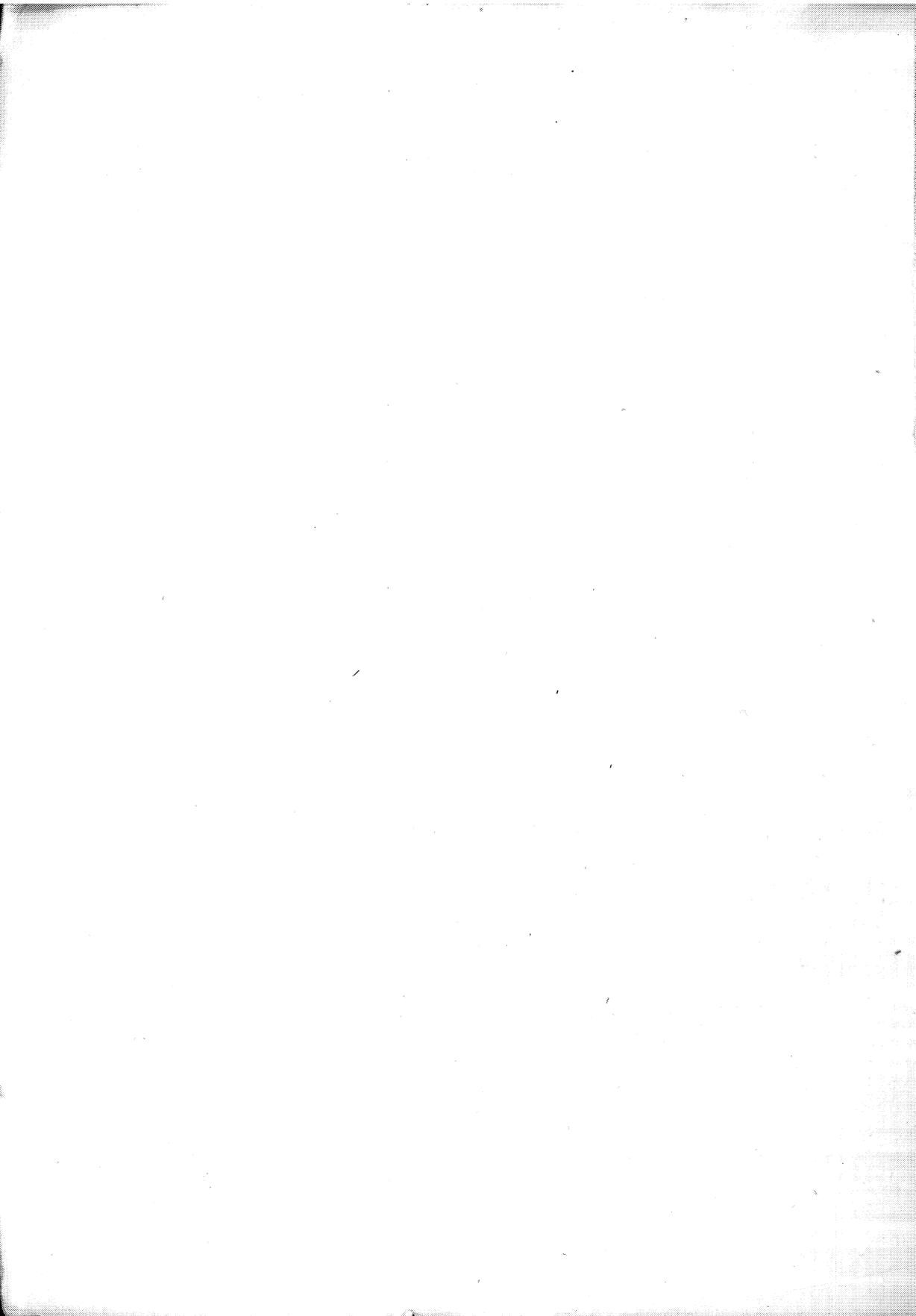
En contraste con la escasez del fomento de los estudios superiores y de investigación, en nuestro país se han levantado magníficos edificios universitarios, con sus campos e instalaciones deportivas, en lo que se ha invertido no poco dinero en objetivos accesorios, pero menos en dotar a los laboratorios y clínicas de elementos básicos y adecuados de trabajo. Los hospitales universitarios siguen mal equipados, y en contraste podemos contemplar como se prodiga la adquisición de material de exploraciones

clínicas en otros nosocomios no pocas veces carentes de personal idóneo para servirlos.

Es urgente volver la mirada hacia la Universidad, esta pobre Universidad nuestra, a la que sabemos dotar, cierto es, de profesorado competente, pero esto no es suficiente. Una Cátedra es algo más que un Catedrático. Para proporcionarle toda la dignidad y eficacia deseables hay que dotarla de mayor número de adjuntos y de medios materiales de trabajo. Ya he dicho que investigar es caro, y que no siempre se pueden sufragar los infinitos gastos que ocasiona. Pero de ello a la pobreza actual hay situaciones intermedias que son posibles de abordar.

Hace poco me confesaba uno de los valores auténticos en química biológica, de esta ciudad, que no le atraía en modo alguno opositar a Cátedras universitarias. La razón es obvia, me decía; si salgo elegido tendré que ir a una Facultad de Provincia, sin medios técnicos adecuados para seguir trabajando.

A este colaborador nuestro no le tienta la Cátedra si no va acompañada de los medios suficientes para poder desarrollar una enseñanza seria y eficaz. Y esto puede lograrse en pocas Facultades de Provincia.



XII. LA RIVALIDAD FECUNDA. LA OTRA UNIVERSIDAD

La Universidad debe estar preparada para afrontar la asimilación en su seno o la rivalidad de centros exógenos de cultura, hospitales, situados fuera de su área. La Universidad de hoy sigue siendo un recinto amurallado; conviene que miremos a nuestro alrededor y admitamos la existencia de estos núcleos culturales que se van concretando a extramuros y que se preparan al asalto en el más noble sentido de lucha y competición. Antes de realizarse éste, es muy posible que en épocas venideras algún legislador derribe las defensas universitarias aludidas.

La Universidad española vive aún plácidamente recostada en un pasado, cierto que glorioso, pero cuya pervivencia ha de ser objeto de consideración por nosotros mismos. La limitación de la labor profesoral a la disertación en la clase, y luego quedar con el convencimiento — que estoy seguro de que no lo es, en la mayoría de nosotros — de que ya se ha cumplido, esto, repito, hoy día no basta.

En las enseñanzas de basamento técnico, la Medicina entre otras, la hora de clase no representa sino

la fracción mínima de nuestro trabajo en lo que tiene de más rudimentario y quizá menos útil.

En más de una ocasión, y la última muy reciente, ha llegado a la Universidad el clamoreo desde fuera de los que se agitan y desean ser asimilados a cargos docentes y reconocer sus lugares de trabajo como predios universitarios.

Entre los que forman en esta campaña, claro está, hay de todo. De todo, en el sentido de hombres que representan un valor auténtico, y que por lo común son los que menos piden, y otros cuya ambición no siempre corre parejas con su formación y condiciones necesarias. Pero en medio de todo ello, con distingos y limitaciones, hay gente con buenos deseos y formación excelente, que desean integrarse en la Universidad. No en la nuestra, mientras siga así; sino en la que ellos desearían que fuese, una Institución más amplia y más abierta.

No es el clamor de su afán lo que nos trae a este comentario ni apunto mi criterio personal en ningún sentido, sino el deseo de comentar la labor docente que realizan y cuyo valor no debe desestimarse.

Hay Maestros natos, fuera de la Universidad, que sin haber pasado por el tamiz de las oposiciones a Cátedra, tienen un innegable valor y ha prendido en ellos la llama del apostolado que significa todo Magisterio. Y se han dado casos cuya eficacia es notoria. El ejemplo del Dr. Gallart Monés merece ser comentado.

Gallart es el representante más idóneo de lo que se puede llamar con toda propiedad un Maestro natural y miembro destacado de la Escuela Médica del Hospital de la Santa Cruz y de San Pablo.

En la época en que inició Gallart su colaboración

en el Servicio del Dr. Pedro Esquerdo, tenía el Hospital de la Santa Cruz hombres muy valiosos que prestigiaban aquella Institución. Además del mencionado Doctor Pedro Esquerdo, ha de colocarse en lugar preferente la figura prócer de su hijo. Francisco Esquerdo, la de Barraquer Roviralta, iniciador de la neurología española, y a los doctores Freixas, Hernández Luna, Ribas y Ribas y Corachán, entre otros. Algunos de estos maestros habían convivido en épocas anteriores con los Catedráticos de la Facultad de Medicina. Antes de que en 1907 fuera habilitado el Hospital Clínico, los Profesores de la Facultad de Medicina daban sus clases en el Hospital de la Santa Cruz. Allí trabajando codo a codo con Catedráticos tan ilustres como Ramón y Cajal, Giné Partagás, Martínez Vargas, Vallejo, Robert, los médicos de número del Hospital llegaron a sentir, con la influencia de aquéllos, el deseo de practicar asimismo la enseñanza.

Entre los hombres de esta generación fundacional deseo comentar la figura de Gallart Monés, desaparecido este mismo año. La condición esencial de Gallart fue la de un maestro nato. Esta cualidad la descubre una circunstancia; sin ésta no se hubiera manifestado aquélla. Cuando en 1919 Gallart fue nombrado Médico de Número del Hospital de la Santa Cruz, halló en este acontecimiento, trivial para muchos otros, el impulso que debía elevarle a la categoría de Maestro. No es la sabiduría la que convierte al hombre en Maestro, sino el tener metida en el alma la inspiración vocacional que lo lleva al Profesorado de forma sencilla y espontánea. El Magisterio no necesita pruebas de oposición para manifestarse, el

magisterio es una llama viva y comunicante que se transmite a los que nos rodean.

La primera condición de Maestro la poseía Gallart de un modo natural y auténtico. Gallart intuyó que nada es más nefasto para el investigador que trabajar solo. No hay verdadero Maestro sin crear Escuela, y sus primeros pasos en el Hospital fueron instituyentes y agrupó un equipo de clínicos e investigadores que en muy pocos años debía constituir una de las más apreciadas escuelas de gastroenterología de España y de Europa.

La Universidad era él, de manera tan natural y sencilla como de un manantial brota el agua.

Era un hombre auténtico en su primitiva fuerza natural; sólo con un número reducido de camas de hospital, un lugar destinado a dispensario y un laboratorio por demás elemental, supo salir adelante con su tesón y voluntad.

A los que reclamamos de nuestra Universidad — y con toda razón — más medios materiales, debemos recordar el ejemplo de Gallart, que sólo con su vocación y entusiasmo llevó adelante una obra pedagógica, que pocos profesores universitarios superaron en su época, en todo el ámbito nacional.

¡De qué serviría, nos preguntamos nuevamente, levantar grandes edificios, poblar el solar nacional de Universidades si dentro de ellas fallara lo más importante, que es el alma del Maestro! Se pueden adquirir aparatos y maravillar al visitante ingenuo con laboratorios y brillantes baterías de artefactos y todo ello esconder una desproporcionada pobreza de resultados.

El Maestro es un ser providencial que no siempre se capta mediante ejercicios de oposición. Algunos

grandes maestros que hemos conocido han trabajado fuera de la Universidad.

Gallart en la clínica fue un maestro nato, como lo fueron en su época Ferrán y Turró en el terreno de la biología.

El anecdotario de Gallart es rico. Pero voy a referir solamente una de sus acciones que mejor le definen en su integridad. Ello ocurrió durante la etapa de la autonomía universitaria que muchos aún recordáis. Los patronos de la Universidad autónoma de Barcelona, con el entusiasmo jubiloso y la impaciencia de las primeras horas, quisieron crear una Universidad en el sentido más amplio. Para ello ofrecieron Cátedras a elementos de fuera de la Universidad que fueron casi siempre aceptadas con gozosa complacencia; Gallart fue quizá el único que no quiso aceptar. Le ofrecieron una Cátedra cuya misión era profesar un curso de Clínica Médica, comprensivo de las enfermedades del tubo digestivo, en las que él se había especializado de manera exclusiva; pero este curso incluía además unas pocas lecciones referentes a un órgano no digestivo. Fundándose en ello, Gallart rechazó el nombramiento, manifestando que no podía explicar una materia para la que aseguraba no estar debidamente preparado.

Los cursos que profesó año tras año, hasta su jubilación, tuvieron gran resonancia en el ámbito nacional y fuera de aquí. Después de las lecciones de Madinaveitia — otro gran Maestro no universitario — profesadas en el Hospital Provincial de Madrid, los cursos de Gallart se vieron concurridos por gran número de alumnos de España, Portugal y Repúblicas hispanoamericanas.

El caso de Gallart lo he considerado como demostración de que la Universidad no es exclusiva en la misión de enseñar. Que existe otra Universidad que también enseña y tiene sus Maestros que saben formar Escuela. Esta otra Universidad tiene en relación a la nuestra ventajas que quiero destacar. De ellas destaco la de tener un alumnado voluntario que acude a las aulas por libre decisión y selección meditada. Los cursos que profesan son de menor duración que los nuestros, pero más intensivos y de contenido, a veces, más denso. Estos cursos abarcan todos los aspectos de la enseñanza, el teórico y especialmente el práctico, constituyendo por tanto una Escuela técnica.

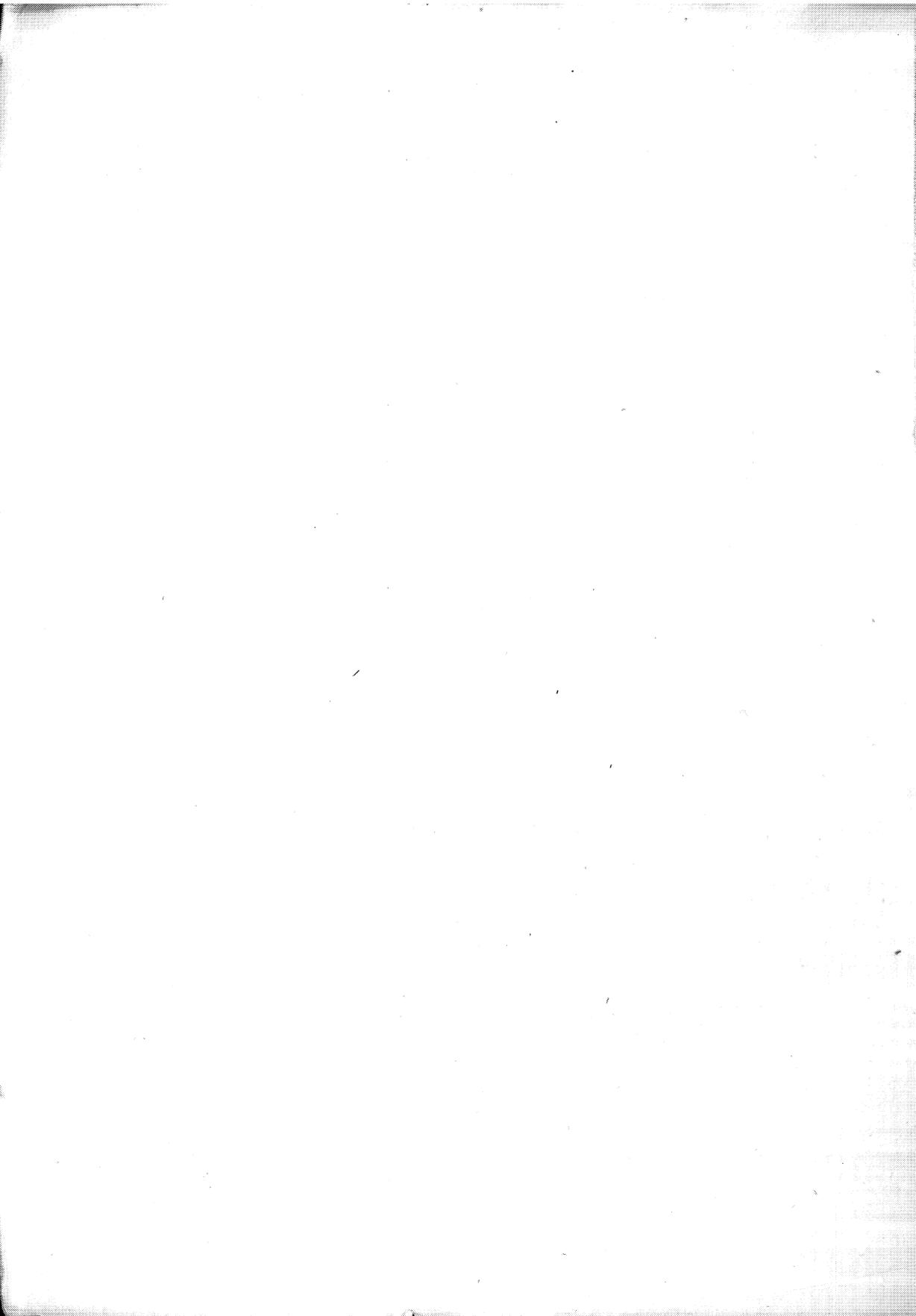
Un estudio comparativo destaca que a la Universidad oficial le está encargada la enseñanza que opera sobre gran cantidad de alumnado que no siempre tiene la atención vigilante, ni la vocación consciente. Nuestro esfuerzo cotidiano, a través de los ocho meses del curso universitario, está destinado a una enseñanza elemental, casi preparatoria para otras más superiores que en muchas circunstancias no llegamos a realizar. Mientras que las escuelas médicas extra-universitarias practican una enseñanza especializada y de mayor alcance destinada a los licenciados que la Universidad ha preparado. La enseñanza preparatoria y simplista consume nuestros mejores esfuerzos y evita llevar a término la otra, la monográfica, la de especialidades, de estirpe y jerarquía superiores.

Este comentario tiene la finalidad de suscitar una mayor ambición docente en la Universidad, si no la queremos ver convertida en servidora de las culturas rudimentarias; debemos defender la enseñanza de las

especialidades y fomentar los cursos monográficos que cada vez más han de atraer nuestra atención y cuidado.

Para lograrlo hay que imprimir unas directrices diferentes a la Universidad de hoy, comenzando necesariamente por el aumento en el número de adjuntos de las Cátedras. Sólo así será posible que sobre el Profesor numerario no recaiga todo el peso de una enseñanza poco matizada, y que ésta sea compartida con sus colaboradores. Entonces el Catedrático, en función de Director de la Escuela, podrá impulsar los cursos monográficos y de especialización, los seminarios, y las tesis doctorales, que son el máximo prestigio de la Cátedra.

Esta es la razón que me ha movido a trazar el panorama de la enseñanza en la hora presente. Hay que evitar que los estudios postuniversitarios — los de rango más elevado y los que dan más prestigio — se escapen de la Universidad.



XIII. LA UNIVERSIDAD FUTURA. LA CREACIÓN DE PATRONATOS UNIVERSITARIOS

La vida de la Universidad constituye nuestra razón de ser. Para ella deseamos lo mejor y nos duele que su esplendor y rendimiento no esté a la altura de nuestros afanes y entusiasmo. Hay que dotarla de medios adecuados, porque el funcionamiento de las Cátedras supone un dispendio cada vez mayor. Tanto es así, que no estoy convencido de que económicamente la Universidad pueda depender del exclusivo apoyo estatal. Hay que interesar en la misma a las corporaciones municipales y provinciales del lugar donde radica.

Esto se logrará a medida que se conceda una autonomía administrativa que capacite a aquellas instituciones para prestar el apoyo económico adecuado. La Diputación foral de Navarra ha creado su Institución Príncipe Carlos de Viana y protege asimismo el Estudio General de Navarra. Un ejemplo fuera de nuestro país lo constituye en Escocia la ciudad de Edimburgo. Hace poco se ha inaugurado allí la Clínica Universitaria de Neurocirugía, cuyo coste ha ascendido a 80 millones de pesetas; bastante más de

lo presupuestado para la reforma y acondicionamiento de nuestro Hospital Clínico, que alberga en su seno todas las clínicas generales y especiales para la enseñanza. Debo observar que los edificios de la mencionada Clínica de Edimburgo, son de gran simplicidad, y que, en contraste, sus quirófanos, clínicas y laboratorios poseen todos los elementos necesarios para una labor moderna y eficaz.

La fundación de la Clínica neuroquirúrgica de Edimburgo ha corrido a cargo del Departamento de Educación de la Administración de Escocia, que es un pequeño gobierno local, integrado por diversas Secciones, que goza de amplia autonomía administrativa, presidido por el Lord Ministro de Escocia, que es a su vez miembro del Gobierno Nacional Británico. El ejemplo de Inglaterra debería ser objeto de consideración y seria meditación por las autoridades de nuestro país. Debe crearse asimismo una conciencia ciudadana con el fin de aportar la colaboración de elementos que, por su alto nivel social y posibilidades económicas, puedan apoyar la función de la Universidad.

En la Gran Bretaña, al igual que en otros países del Norte de Europa y de los Estados Unidos de América, muchos hospitales universitarios están regidos administrativamente por patronatos integrados en su mayoría por personalidades financieras e industriales de gran relieve y solvencia, recayendo generalmente la presidencia en una de ellas.

La creación de un Patronato es deseable y factible en nuestro país. El cuerpo social no puede desconocer que la importancia de la Universidad es tan grande como su indigencia y que nada es tan útil para la

sociedad futura como la formación de hombres cultos y preparados.

Signo de la cultura rudimentaria de nuestras clases adineradas es observar como de vez en cuando algún patricio crea una escuela de párvulos — lo cual me parece muy bien —, pero es signo de escasa preparación no pensar en otras necesidades de la enseñanza más evolucionada.

La forma de ejercitar la caridad también revela la formación cultural del donante. En nuestros filántropos solemos hallar una exclusiva raíz sentimental del todo respetable y digna de gratitud y aprecio. Pero faltan los que saben donar con inteligencia, a los que atrae la función augusta que encarna la Universidad.

Comprendo que es más fácil desprenderse de una cantidad de dinero en beneficio de un asilo, y que requiere más discriminación y preparación saber emplear el dinero en obras culturales y del espíritu.

Pero esta dificultad desaparecería con la creación de un Patronato conocedor de las necesidades de nuestro primer centro docente.

Es deplorable contemplar como en una gran ciudad industrial, con una extensa burguesía opulenta, se hallen — cuando menos aparentemente — tan pocos que estén dispuestos a proteger la labor Universitaria. No pierdo la esperanza que sea posible una leva de estas familias económicamente poderosas en favor de nuestras Facultades. Es una campaña digna de llevarse a cabo y es posible que otorgar el título de Patrono de la Universidad sea para muchos un deseo que conviene despertar y encauzar.

El Patronato debería contar, entre otras prerrogativas, con un verdadero apoyo por parte de los po-

deres estatales para poder llevar a término su misión sin entorpecimientos. Que no se repita el caso de un donante barcelonés que, durante varios años, ha querido donar una bomba de Cobalto para un Hospital de Barcelona e ignoro si en la hora presente ha podido llevar a cabo su porfiado empeño.

A esta labor filantrópica del Patronato debería sumarse, como hemos indicado, la de las Instituciones municipales y provinciales.

Los barceloneses y nuestras autoridades deberían aceptar que no es bastante con fomentar el engrandecimiento y belleza de una ciudad, sino que también es orgullo tener una gran Universidad.

Y a esta obra común, repito, hay que sumar las voluntades de nuestros patricios, a veces dispuestos a desprendimientos económicos en favor de obras y competiciones deportivas, capaces de crear recelos y antagonismos regionales y fomentadores de un espíritu amorfo y gregario en las multitudes, y desconocedores del camino que debe seguir una filantropía constructiva y trascendente.

La Universidad ha de ser lugar de coincidencia del apoyo estatal, de la Provincia y del Municipio. El individualismo español se expresa en la insolidaridad de las corporaciones. Cada una de ellas concibe, impulsa y apoya sus propias organizaciones, pero se resisten a colaborar en obras de interés común. Ello explica la creación de magníficas obras de cultura bajo el amparo exclusivo municipal o provincial y es curioso observar que muchas de ellas llevan una vida sin agobio económico que contrasta con la pobreza de las estatales. Merece elogios realzar que el hospital de Infecciosos de nuestra ciudad alberga un pabellón

de Investigación biológica, magníficamente instalado, con técnicos aptos y retribuidos para llevar a término una labor que nuestros departamentos por insuficiencia de medios y asistidos por servidores honorarios no pueden realizar. Los laboratorios municipales están mejor dotados que los de la Universidad. El municipio les otorga crédito suficiente para mejorar el material de trabajo. Cito este ejemplo para demostrar que cada una de las instituciones oficiales nutre celosamente sus departamentos, pero con dificultad colaboran en obras de más vasto alcance, en que su actuación parece confundirse en el anonimato de los magnos planes culturales en los que intervienen más de un organismo. Es de justicia reconocer, con todo, y me complace hacerlo desde este lugar, que la Diputación Provincial de Barcelona presta una ayuda de primer orden a nuestro Hospital Clínico.

Concluyo afirmando en primer término que la ayuda del Estado debe ser más eficaz si no quiere sostener una Universidad cargada de honores, pero de insigne pobreza de medios, y que a ella debe unirse el apoyo de otras Instituciones, que en vez de separarse, deberían hermanar los esfuerzos en una obra común.

La creación de Patronatos de ordenación económica daría a conocer las necesidades culturales y benéficas de nuestro primer centro docente, facilitando además la aportación de donativos y legados.

Debe orientarse el mecenazgo para que no se pierda estérilmente el producto de la caridad y la filantropía. Es muy interesante referirse al estudio estadístico elaborado en nuestra ciudad por el Dr. Aragón, acerca del destino de las instituciones benéficas fun-



dadas en Barcelona durante los últimos cien años. Dice su autor: La eficacia de las cláusulas testamentarias sería mucho mayor cuando, como ocurre en otros países, el benefactor tuviera ante sí un cuadro sinóptico de lo que puede hacerse, lo que debe prevenir y lo que hay que atajar. Para ello hace falta crear un grupo de trabajo, un equipo de orientación acerca de problemas sanitarios y culturales, semejante a la fundación Rockefeller, Neuffield, Acton, Ford».

Así se evitaría el triste destino de la mayor parte de legados. La estadística demuestra que el ochenta por ciento de instituciones benéficas de Barcelona, creadas al amparo de la caridad privada, han desaparecido o llevan una vida mísera y por demás precaria.

Barcelona debe recabar una mayor atención para su Universidad; que no ocurra que ésta se quede atrás y se convierta proporcionalmente en más pequeña, a medida que la capital del Principado se engrandece y se ufana en proclamarse la ciudad más importante del Mediterráneo.

He dicho.

INDICE

I.	LA ENTRADA EN LA UNIVERSIDAD . . .	7
II.	LA EDAD UNIVERSITARIA	9
III.	VOCACIÓN INSTINTIVA Y VOCACIÓN CON- CIENTE	13
IV.	ELOGIO DE LA PROFESIÓN, LA PROFESIÓN MÉDICA	17
V.	CULTURA Y EDUCACIÓN	23
VI.	EL ALUMNO DE ESPALDAS A LA UNIVER- SIDAD.	27
VII.	MAESTROS Y DISCÍPULOS	29
VIII.	QUOT SERVI TOT HOSTES	35
IX.	LAS DOS EDADES EN PUGNA: VIEJOS Y JÓVENES.	37
X.	CÁTEDRA Y ESCUELA PROFESIONAL . . .	43
XI.	LA UNIVERSIDAD DESAMPARADA	49
XII.	LA RIVALIDAD FECUNDA: LA OTRA UNI- VERSIDAD	53
XIII.	LA UNIVERSIDAD FUTURA: CREACIÓN DE PATRONATOS UNIVERSITARIOS	61